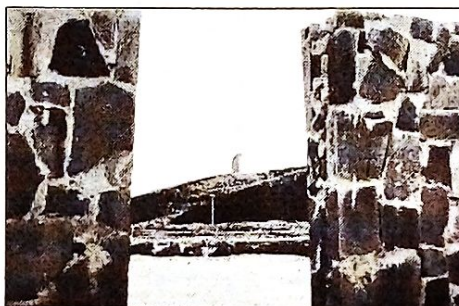


III Congreso de la Sociedad de Escritores de Bolivia

El encuentro en las termas de Obrajes

Rodolfo Mier Luzio (*)



De pronto, después de unos minutos de viaje desde Oruro, nos encontramos en las antiguas vertientes de aguas termales de Obrajes, hoy convertidas en un cómodo y acogedor balneario-hotel. El movimiento es inusitado en ese lugar rodeado de serranías vestidas sólo con paja brava y yareta; habían arribado distinguidos visitantes venidos de todas las latitudes de Bolivia para llevar adelante algo que parece contradictorio entre el espíritu del poeta y la frialdad de un evento más bien reservado a movimientos sindicales y políticos: Un congreso.

Sin embargo, se trataba nada más y nada menos que de eso, del III CONGRESO DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES DE BOLIVIA, organizado por la directiva nacional, hasta ese momento con sede en la ciudad de Oruro, cuyos dirigentes, el Poeta Alberto Guerra Gutiérrez y el escritor y editor del Suplemento cultural "El Duende" (el que se le aparece cada quince días), Luis Urquieta Molleda, hacían honor, y con creces, a la tradicional hospitalidad orureña, buscando la comodidad de todos los asistentes en lugar tan especial como impactante del altiplano orureño.

Las termas de Obrajes, como se denominan hoy esos singulares parajes cercanos al pueblo de Paria, primer asentamiento de los españoles en su incursión a lo que era el Alto Perú, tienen centenarias vertientes de aguas medicinales que llaman la atención desde lejos por el vapor que levantan. Así como la mañana es luminosa, cubierta de un cielo de azul intenso y diferente, le sigue una noche de increíble limpidez donde los astros se muestran

con brillo extraordinario, al extremo que alguien exclamaba que se arrepentía de no haber llevado consigo un mapa estelar para poder ubicar fácilmente las constelaciones, a simple vista.

Era el lugar perfecto para soñar pero poniendo los pies sobre la tierra. Se trataba de consolidar la Sociedad de Escritores de Bolivia con el siguiente menú de inquietudes: Actualizar las nóminas regionales y zonales de escritores, por departamentos; identificar las necesidades que atingen a los escritores de Bolivia; hacer factible una ley expresa que favorezca las necesidades, derechos y obligaciones del escritor boliviano. Pero por sobre todo, emitir una declaración que sea el testimonio del pensamiento de quienes se dedican a la no siempre grata misión de escribir soñando y soñar con escribir. Pero aferrados a la realidad circundante, porque para los seres humanos con sensibilidad más desarrollada, los problemas sociales cobran otras dimensiones. Una muestra de ello fue la "Declaración de Obrajes" que enjuicia aspectos de la vida de nuestro país y del acontecer mundial, la posición de los escritores como muestra de su elevada dignidad.

El Congreso se desarrolló sin apremios ni rigideces, pero con más profundidad que los tradicionales eventos de ese tipo. Las noches cobraban otras connotaciones, eran veladas literarias despojadas de protocolo y orden preestablecido. Cada uno, con su estilo y tema de su preferencia, ponía a consideración del auditorio, crítico por naturaleza, el trabajo que tenía elaborado en un libro, o simple un

manuscrito que era el comienzo de uno nuevo.

Escuchar, por ejemplo el verso cantarino del poeta tarijeño Edmundo Torrejón, el que por un lapsus se ganó un simpático apodo bien puesto a un tarijeño: "Lijerón". Sentir la profundidad de la palabra del "Soldado" Terán; los nostálgicos poemas sociales, crudos y directos de Héctor Borda Leño; los versos de Alberto Guerra Gutiérrez dedicados al árbol; la ternura de la palabra de Julia Guadalupe García; el cuento bien rociado con tequila, del mejicanísimo Guillermo Razo, radicado en Cochabamba; la palabra bien pensada de Luis Urquieta Molleda o la impresionante interpretación de la vida a partir de la música del genio Beethoven, de Gastón Cornejo Bascopé... en fin, todos se destacaron por la subjetiva interpretación de la poesía, de la prosa, del cuento, la novela o simplemente de la realidad en la que vivimos.

Una docena de esas sensibles personas asistentes al III CONGRESO DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES DE BOLIVIA, son mis antiguas y caras amistades, las demás también llegaron a serlo, apenas unas horas después de compartir su sencillez.

(*) Rodolfo Mier Luzio.

Periodista y escritor. Reside en Sucre.